

tuales (racionalistas, hermeneúticos, ateos, humanistas) que han vivido la teología y la fe en el mundo moderno-contemporáneo. Comenta el autor las posturas de la convicción creyente una vez descrito el sentido de tales problemas.

Las páginas referidas a Latinoamérica tocan los aspectos fundamentales de una posible identidad cultural del continente, cuyo sentido histórico-teológico, apoyándose el texto en declaraciones de Puebla, reposa en el carácter especial que tiene en América Latina la religión popular; también quedan de relieve en el continente las características relativas a la colonización, causa que, hasta hoy, para muchos, tiene que ver con discusiones sobre opresión y dependencia. A partir de aquí hay planteamientos en torno a la originalidad de la teología de la liberación, caracterizada por poner sus ojos en la dimensión social de la fe, y por su atención a la historia (pues ella es el lugar para observar «signos de los tiempos»), cosas que en cierto modo, sugiere el autor, repercuten en el mundo ideológico-político latinoamericano. Los frutos de todo ello se pueden ver en una Iglesia y en un pueblo creyente que viven de un modo especial la renovación de la fe.

Las páginas finales del libro se cierran con una «Conclusión General». Si recorremos con atención el sentido de la reflexión teológica que lleva a cabo Bentué a lo largo del libro, y miramos además los contenidos teóricos que «atan» una de esas partes con otras, se desprende de la lectura el eco de un Dios singularmente «católico». ¿Por qué decimos esto? Por varias cosas, pero concretadas en éstas: por el carácter «universal» (katolikhós) que otorga el autor a cuestiones siempre planteadas por el hombre (el problema del sentido y del destino, por ejemplo), y por ciertas resonancias eclesiales de algunas cuestiones afirmadas por Bentué, donde se involucran asuntos referidos al magisterio, al dogma y al pueblo de Dios.

Queremos sugerir además con esta universalidad que el discurso ideológico del autor es capaz de ofrecernos en un sentido amplio cuestiones histórico-teológicas determinadas, formuladas durante siglos por la teología (por ejemplo, las nociones de gracia, libertad, revelación) examinando además el alcance y el transfondo contemporáneo de tales formulaciones. Observa también dentro de este panorama los enfoques planteados por el magisterio, pero detectando a la vez cuál es la acogida y el sentido de tales cuestiones en relación con el llamado «pueblo de Dios». Todo esto da un cuerpo y un volumen específico a la riqueza religiosa que adquieren ciertas cuestiones plasmadas en el libro.

Determinados aspectos teóricos que hereda la racionalidad teológica contemporánea, de los que Bentué se hace cargo, repercuten en su reflexión de varias formas. Pero sobre todo vemos que esa repercusión incide en el autor en argumentos capaces de polemizar con aquel pensamiento creyente existente en otras religiones, profundizando en el sentido de la fe que vive la teología cristiana. Por esto vemos que a partir de aquí hay desarrollos especulativos interesantes a propósito de las típicas posturas encontradas entre catolicismo y protestantismo. Aunque las consecuencias actuales

de esta problemática ecuménica se tocan poco, el contexto teológico que permite el nacimiento de la polémica resulta ilustrativo en el texto.

Con todo, el «territorio mental» en el que se mueve Bentué no es aquél que pretende «medir fuerza» con otros credos, impugnando determinadas cuestiones para hacer resaltar su propia «opción creyente»<sup>3</sup>. Al contrario, existen reflexiones destacadas en este estudio que enfocan con ecuanimidad el peso de la religión en el hombre. La fe y la creencia inciden de tal modo en el sujeto creyente que el «hecho religioso» descrito por Bentué —interpelando la conciencia humana— parece que quisiera convocarnos a todos en busca del único Padre...

Existen dos observaciones atractivas mencionadas en el libro que creemos atraen al autor buscando con ellas fundar el porqué del discurso intelectual enunciado en su reflexión. Observaciones profundamente vivenciales que sin duda son acicate para el quehacer teológico-religioso de Bentué: la primera se refiere a la primera carta de Pedro 3, 15, donde se exhorta a estar «siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza»; la segunda observación se refiere a la frase de San Agustín: «Una fe sobre la cual no se reflexiona, deja de ser fe».

Se desprende así de *La opción creyente* un espíritu intelectual que alienta una determinada racionalidad, cuyo propósito es buscar la mediación de la fe para que esa racionalidad sea un logos pleno, verdadera y auténticamente fundado.

El «Dios» existente en *La opción creyente* no puede dejar de reconocer la importancia de la Razón en la Historia, sobre todo cuando sabemos por la fe que ella es donación del Señor para que el hombre intente instalarse con coherencia en el mundo. Así pues, se recurre en esta obra a los frutos intelectuales del pensamiento humano empleados en la ciencia teológica tratando de concretar con ellos los motivos y las causas —una vez reconocidas nuestras carencias, pues estamos en lo finito— del porqué de este permanente anhelo humano por acceder a la salvación, que en definitiva es la liberación total.

<sup>3</sup> Tentativas, por lo demás, propias de apologías caducas aunque coherentes con un pensamiento integrista. Sin embargo no hay que olvidar algo que nos recuerda el autor, que tiene que ver con esto: la «teología fundamental» hereda la voz «apologética», tratado importantísimo en el cristianismo, pero una vez superados equívocos semánticos derivados de ella, su sentido y función se han recuperado: ofrecer criterios y fundamentos ante la fe desafiada.

## 4

El libro de Ronaldo Muñoz *Dios de los cristianos* es importante, pues contribuye de un modo bíblico-sistemático al desarrollo del «tema» de Dios, dentro de la reflexión escrita latinoamericana.

Está dividido en tres partes («Dios en América Latina», «Reflexión desde nuestra realidad», «Reflexión desde el evangelio») divididas a la vez en siete capítulos cuyos contenidos orgánicos y programáticos tocan, con apoyos bíblico-religiosos, aspectos del sentido de Dios en el mundo, sobre todo en América Latina. Además se incorporan una serie de cuestiones creyentes contemporáneas relativas a «la experiencia e idea» de Dios; parte de algunas coordenadas teóricas descansan en una cristología latinoamericana.

Creemos, además, que en este libro se repiensen una serie de trabajos prácticos teológico-pastorales, expresados a lo largo de mucho tiempo en Chile, cuyas inquietudes básicas pueden provenir del «Centro Ecuménico Diego de Medellín» de Santiago. A partir de aquí no es posible ignorar la riqueza teológica que produce Muñoz en el texto, cuyo eco probablemente se ha oído con interés dentro y fuera del mundo de las comunidades cristianas chilenas.

Pero no se trata aquí de examinar con frialdad el libro, comentando analíticamente sus capítulos y el contenido formal de ellos. Más bien vemos necesario observar con atención el agua y el espíritu del «río» que baña el pensamiento de Muñoz, intentando oír qué Dios es el que habla en el texto.

La primera cuestión indispensable para entender con coherencia el libro *Dios de los cristianos* es la siguiente: reconocer más allá de las páginas leídas —superando toda tentación paternalista— la ternura y el cariño que siente el autor por «sus» pobres. Esto fomenta y promueve un determinado sentido pneumatológico en la lectura que, sin decirse nada de él (pues el autor imprime esta espiritualidad sin nombrarla), induce al lector a observar un «modelo» de Dios especialmente llamativo. Ajeno desde luego a cosas uránicas o etéreas, es decir, relativas al aire vaporoso. La riqueza de este aspecto espiritual (que, como decimos, repercute en la noción del «Dios» que nos ofrece Muñoz) creemos que viene dada en la obra por dos cosas complementarias: 1) el autor nos dice que ha sido escrita «con sudor, lágrimas y gozo» y 2) agradece a los vecinos de la población «Malaquías Concha» de Santiago su contribución humana para el buen fin del libro.

Vemos que estos dos enfoques son importantes. Pues trascendida esta cuestión referida a sensaciones, afectos o sentimientos, se accede en el libro a otra «cosa», pero no dejando de profundizar en aquéllas. Gracias a esas impresiones tan valiosas del autor, es posible penetrar con «razón y fe» en la fuente de vida que supone Dios para el mundo pobre (y en el fondo para todo hombre), introduciendo las características que adquiere el contenido de la Revelación en América Latina.

Instalado entonces en este espacio continental, asumiendo además esas experiencias vitales, Muñoz abre las puertas de la reflexión teológica hacia concreciones bien determinadas: formula una imagen de Dios especialmente encarnado en acontecimientos humanos. Lo interesante de esta racionalidad teológica, no siempre lograda en otras teologías, es que no reduce ni suprime para nada las clásicas cuestiones teológicas propias de Dios (naturaleza y atributos), acercándolas de un modo nuevo a nosotros. Quizá por esto destaca en este quehacer reflexivo de Muñoz la particular presencia de una experiencia y una idea de Dios que, apoyándose bibliográficamente en la vasta documentación que hereda la teología occidental, evoca lo más rico de ésta hacia el inmenso universo popular latinoamericano. Vemos que contribuye con frutos de esa óptica práctico-contemplativa una «teología narrativa» de la que habla el autor, involucrándose en ella determinadas cosas biográficas.

El «lugar» teológico latinoamericano y el «peso» de la historia que recae en él —subrayado con importancia por Muñoz— no «ahogan» en ningún momento la reflexión teórica del autor centrada en Dios, como quizás alguna teología de gabinete podría plantear intentando modular una imagen divina aséptica y acrítica, no contaminada por el rumor popular. Incluso terminan por evocarse en algunas páginas del libro perspectivas trinitarias y escatológicas. Especialmente cuando brotan indagaciones teológicas latinoamericanas sobre Dios Padre, gracias a un espíritu místico-político respirado por el autor. Y esa ausencia de «ahogo» que advertimos ocurre por algo evidente: es muy difícil que la especulación teórica sea sepultada por la historia, si esa teología especulativa es formulada recogiendo inquietudes del pueblo pobre y creyente. La consecuencia hermeneútica de todo esto tiene que ver además con una conquista discursiva típica de la teología de la liberación: ser capaz de integrar en sus criterios epistemológicos los «temas y tratados» fundamentales de la teología. Pero reconociéndose como profundamente novedosos cuando ellos son planteados en relación con la realidad del sujeto viviente, con «el hombre de carne y hueso», como diría la filosofía de Unamuno. Y así ocurre aquí con la cuestión fundamental y fundante de toda teología: la cuestión de Dios.

Por eso sabemos que toda esa abstracción no puede ser planteada en el aire. Menos aún en un estudio como *Dios de los cristianos* redactado y escrito en América Latina donde es imposible evitar la mirada teológica sin ver cuál es el Padre que se revela al mundo pobre.

Los planteamientos sobre Dios enunciados por Muñoz arrancan de un ámbito muy especial de la existencia: de la espiritualidad profundamente humana por vivir las cosas del Señor. Es claro que a partir de aquí ninguna teología puede ser más fecunda que aquella anclada en este Dios cercano y personal, tantas veces recalado por el autor, cuya noción religiosa, hoy ya prácticamente popular en América Latina, se entiende gracias a palabras referidas al «Dios de la Vida». Encaminado hacia horizontes vivenciales muy distintos de la «teología dionisiaca» formulada en Europa, el planteamiento teológico fundamental que reposa en el «Dios de la Vida» lo centra Muñoz en aquellas expectativas de promesa y liberación que despierta Dios en el pueblo pobre.

Reconociendo previamente lo que Muñoz denomina «una nueva experiencia fundamental» —fundada una vez que los ojos del cristianismo latinoamericano miran con «indignación» y «asombro» los instrumentos de injusticia que recaen en el mundo de los débiles, pidiendo a los hombres «un compromiso ineludible» para superar estos poderes de muerte— este «Dios vital» resulta característico por varias cosas. Pero sobre todo se hace evidente y palpable una vez que el propio oprimido habla con el lenguaje de la fe cómo el Señor acompaña su vida, encauzando su camino de alegrías, luchas, sufrimientos y esperanzas. Sin embargo, una vez agotadas las razones frías y meditadas para concretar la naturaleza del «Dios de la Vida», el propio Muñoz confiesa —anticipando cierta «teología negativa»— obstáculos para hablar de él, afirmando que espera: